

amante, á la que habla, y echa un billete participándole su ausencia. La casualidad lleva este escrito á las manos de Don Diego, que despertado al ruido de la música se habia asomado para oirla. Como era natural, asómbrase el tío al leer en el billete los nuevos amores de su sobrino; y envía inmediatamente á un criado, con orden de que Don Carlos se vuelva atras, y venga á su presencia. Recíbele con sequedad, haciéndole cargo de su inobediencia; en seguida le muestra el billete, y le dice que renuncie de casarse con Doña Francisca, la qual está destinada para sí mismo, mandándole por último que entre en un quarto inmediato. El Desengañado Caballero hace llamar despues á Doña Irene, á la qual trata de informar de la novedad del billete; mas ella furiosa negando el oido á todo, sale fuera de sí, prorrumpie en extravagantes exclamaciones, y aun se propasa, en un arrebató suyo, á querer poner las manos en su hija, á cuya defensa sale de improvisó Don Carlos del quarto en que estaba por orden del tío. Entónces Don Diego recuerda á esta madre violenta y opresiva el horroroso precipicio en que iba á despeñar á una inocente doncella, y los errores en que á él mismo le habia hecho caer; y para aquietar los ánimos, y conciliar los intereses de ámbas familias, no halla en su superior cordura otro medio que el de renunciar á su matrimonio con Doña Francisca, cediéndola á su sobrino, y dirige sus votos al cielo para que colme de bendiciones tan dichosa union.

El fin moral de esta Comedia es mostrar el peligroso abuso por el que los padres y tutores, llevados tal vez de las solas miras del interes, se adelantan á contratar los casamientos, sin consultar primero los gustos, inclinaciones y voluntad de las doncellas, con cuya libre eleccion deberia contarse, quando se trata de una tan seria, pesada y duradera obligacion, qual es la del matrimonio.

En quanto el mérito del presente Drama, baste decir que la opinion de los inteligentes en producciones dramáticas, es que Moratin, á quien varias piezas anteriores habian colocado ya en la clase de un ingenio superior echó el resto en esta del Sí de las Niñas. En efecto así en las partes como en el conjunto de esta composicion admirable resplandece tal belleza, que no sabe uno si la tan bien dispuesta coordinacion de lances es superior á su diestro y magestuoso desenlace, ni si el arte con que se introducen los diferentes personajes sobrepuja á la propiedad con que tan adecuadamente pinta sus caractéres el colorido de los diálogos.

## EL SÍ DE LAS NIÑAS.

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA I.

*D. Diego, Simon.*

D. DIEGO.

No\* han venido todavía?

SIMON.

No, Señor.

D. DIEGO.

Despacio la han tomado, por cierto.

\* Sale D. Diego de su quarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la lleváron á Guadalaxara.\*

D. DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y quatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido extraña determinacion, la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir.... Y sobre todo, cansa la mugre del quarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo prodigo:† el ruido de campanillas y cascabeles y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos.... El Corregidor, el Señor

---

\* Ciudad, á quince leguas de Madrid.

† Se ven estas estampas en muchas posadas de España.

Abad, el Visitador, el Rector de Málaga\*.... Qué sé yo! Todos.... Y ha sido preciso estarme quieto y no exponerme á que me hallasen por ahí.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues ¿hay mas en esto, que haber acompañado usted á Doña Irene hasta Guadalaxara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. DIEGO.

Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

D. DIEGO.

Algo, algo.... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho.... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas.... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad.... Ya ves que

---

\* Un Colegio llamado de Málaga.

hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Pues bien.... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, Señor. Jamas he gustado de chismes.

D. DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal Doña Paquita;\* pero mediante la amistad con su madre, he tenido freqüentes noticias de ella: he leído muchas de las cartas que escribia, he visto algunas de su tia la Monja, con quien ha vivido en Guadalaxara; en suma he tenido quantos informes pudiera desear, acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla: he procurado observarla en estos pocos

\* Paquita es diminutivo de Francisca.

días, y á decir verdad, quantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto.... Es muy linda y....

D. DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde.... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí.... Y talento.... Sí, Señor, mucho talento.... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es....

SIMON.

No hay que decírmelo.

D. DIEGO.

No? Porqué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. DIEGO.

Qué dices?

SIMON.

Excelente.

D. DIEGO.

Con que al instante has conocido?....

SIMON.

Pues no es claro?.... Vaya!.... Dígole á usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

D. DIEGO.

Sí, Señor.... Yo lo he mirado bien y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

D. DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

D. DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase y dixese que era una locura, y me....

SIMON.

Locura? Buena locura!.... Con una chica como esa, eh?

D. DIEGO.

Pues, ya ves tú. Ella es una pobre.... Eso sí. Porque, aquí entre los dos, la buena de Doña Irene se ha dado tal prisa á gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas Religiosas y el Canónigo de Castroxeriz,\* que es tambien su cuñado, no tendria para poner un puchero á la lumbre.... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá, que.... Pero esto no es del caso.... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal.... Y, sobre todo, lo que usted tiene para quién ha de ser?

\* Pueblo de Castilla la vieja, con una Iglesia Colegiata.

D. DIEGO.

Dices bien... Y ¿sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios.... No, Señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y dexa que hablen y murmuren, y....

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrámbos, qué pueden decir?

D. DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán, pero.... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que....

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas....

D. DIEGO.

Qué, hombre? Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON.

Y bien, qué?

D. DIEGO.

Y yo; aunque gracias á Dios estoy robusto y.... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.\*

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO.

Pues de qué hablas?

SIMON.

Decía que.... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo lo entiendo al revés.... En suma, esta Doña Paquita con quien se casa?

D. DIEGO.

Ahora estamos ahí? Conmigo.

\* Es como si dixera; tengo sin la menor duda cincuenta y nueve años.

SIMON.

Con usted?

D. DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

Medrados quedamos!

D. DIEGO.

Qué dices?... Vamos, qué?...

SIMON.

Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO.

Pues qué creías? Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para D. Carlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias.... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. DIEGO.

Pues no, Señor.

SIMON.

Pues bien está.

D. DIEGO.

Mire usted qué idea! Con el otro la habia de ir á casar!.... No, Señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. DIEGO.

Que se haga hombre de valor y....

SIMON.

Valor! ¿Todavía pide usted mas valor á un Oficial, que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?.... Pues bien satisfecho quedó usted entónces del valor de su sobrino: y yo le vi á usted mas de quatro veces llorar de alegría, quando el Rey le premió con el grado de Teniente Coronel y una cruz de Alcántara.\*

\* Orden militar de España.

D. DIEGO.

Sí, Señor: todo eso es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre....

D. DIEGO.

Pues no ha de serlo?.... Y qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la Religiosa de Guadalaxara si es muger de juicio: esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una Señora de excelentes prendas: mira tú si Doña Irene querrá el bien de su hija, pues todas ellas me han dado quantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y mas de quatro años en el convento, se hace lenguas de ella, y sobre todo, me ha informado de que jamas observó en esta criatura, la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas;

estas han sido su ocupacion y sus diversiones.... Qué dices?

SIMON.

Yo nada, Señor.

D. DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan, para ir ganando su amistad, y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad.... Bien que aun hay tiempo.... Solo que aquella Doña Irene siempre la interrumpe: todo se lo habla.... Y es muy buena muger, buena....

SIMON.

En fin, Señor, yo desearé que salga como usted apetece.

D. DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto.... Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

Pues qué ha hecho?

D. DIEGO.

Una de las tuyas . . . . Y hasta pocos días ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid . . . Y me costó buen dinero la tal visita . . . . En fin es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza, á su Regimiento . . . . Ya te acuerdas de que á muy pocos días de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Sí, Señor.

D. DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

D. DIEGO.

Pues el picaron no estaba allí, quando me escribía las tales cartas.

SIMON.

Qué dice usted?

D. DIEGO.

Sí, Señor. El día tres de Julio salió de mi casa, y á fines de Septiembre aun no había llegado á sus pabellones . . . . No te parece que para ir por la posta, hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre . . . .

D. DIEGO.

Nada de eso. Amores del Señor Oficial y devaneos que le traen loco . . . . Por ahí en esas Ciudades puede que . . . . Quién sabe? . . . . Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido . . . . ; No permita Dios que me le engañe alguna bribona, de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

Oh! No hay que temer . . . . Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener, para que le engañe.



D. DIEGO.

Me parece que estan ahí.... Sí. Gracias á Dios. Busca al Mayoral y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberémos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

D. DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni.... Estámos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.\*

## ESCENA II.

*Doña Irene, Doña Francisca, Rita, D. Diego.*

DOÑA FRANCISCA.

Ya estámos acá:

\* Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita dexa un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.

DOÑA IRENE.

Ay! qué escalera!

D. DIEGO.

Muy bien venidas, Señoras.

DOÑA IRENE.

Con que usted, á lo que parece, no ha salido?\*

D. DIEGO.

No, Señora. Luego, mas tarde, daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir; pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no.... Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dexáron parar.... Pero, mire usted. Mire usted† quantas cosillas traygo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, la regla de S. Benito, una pililla de cristal.... Mire usted qué bonita.

\* Se sientan Doña Irene y D. Diego.

† Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.

[Moratin.

Q

Y dos corazones de talco . . . Qué sé yo quanto viene aquí! . . . Ay! y una campanilla be barro bendito para los truenos . . . Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las Madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

Cómo me quieren todas! Y mi tia, mi pobre tia, lloraba tanto! . . . Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia: porque no ha venido aquél Señor?

DOÑA IRENE.

El Padre Capellan y el Rector de los Verdes,\* nos han venido acompañando hasta la puerta.

---

\* Colegio, llamado de los Verdes.

DOÑA FRANCISCA.

Toma,\* guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas . . . Válgate Dios eh! ya se ha roto la Santa Gertrúdis de alcorza!

RITA.

No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

*Doña Irene, Doña Francisca, D. Diego.*

DOÑA FRANCISCA.

Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO.

Hoy se ha dexado sentir el calor en forma.

---

\* Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la qual se va con él y con las mantillas al quarto de Doña Irene.

DOÑA IRENE.

Y qué fresco tienen aquel locutorio! Vaya, está hecho un cielo.

DOÑA FRANCISCA.

Pues con todo,\* aquella Monja tan gorda, que se llama la Madre Angustias, bien sudaba .... Ay! como sudaba la pobre muger.

DOÑA IRENE.

Mi hermana es la que está bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno.... Pero, vaya, no sabía que hacerse con su sobrina la buena Señora ... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas, á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta, y en quanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha

---

\* Sentándose junto á Doña Irene.

costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo.... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo y....

D. DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan quantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

D. DIEGO.

Todo eso es cierto, pero....

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO.

Sí, ya estoy; pero no pudiera, sin faltar á su honor ni á su sangre?....